

Espacios políticos y brechas culturales en el largo 68 italiano

Fabrizio COSSALTER y Maurizio MINICUCI
(Universidad de Padua)
fabriziocossalter@virgilio.it
maurizio.minicuci@unipd.it

RESUMEN

Los movimientos de 1968 tuvieron en Italia una duración muy larga y una inédita capacidad para influir en lo profundo de comportamientos, mentalidades, culturas y estilos de vida. A la vez, la violenta reacción de los órganos del Estado evidenció los límites de un sistema político cuya incapacidad de integrar los estímulos externos se revelaría como una constante en la historia republicana. El artículo trata de analizar según esta perspectiva las razones, las raíces, las consecuencias y los desarrollos de la “anomalía” italiana, desarrollando las cuestiones políticas y culturales abiertas por la contestación y recorriendo algunas de sus facetas más significativas.

Palabras clave: Italia republicana. Movimientos sociales. Izquierda extra-parlamentaria. Sistema político. Ciclo de protesta. Léxicos y culturas de 1968.

Political spaces and cultural gaps in the long Italian 68

ABSTRACT

1968 Italian mobilizations were long-lasting, and influenced newly and deeply on behaviours, mentalities, cultures and ways of life. At the same time, state bodies' violent reaction made evident the limits of a political system whose inability to integrate external stimuli turned out to be a constant feature in republican history. According to this perspective, the present article intends to analyse the reasons, origins, consequences and developments of the Italian “anomaly”, developing political and cultural questions opened by the protests and going over some of its most significant aspects.

Keywords: Republican Italy. Social movements. Radical left-wing. Political system. Protest cycle. Lexica and cultures of 1968.

Prólogo: ¿una herencia subterránea?

Afrontar una reflexión en torno a los movimientos sociales italianos de los años 1960 y 1970 es una elección que, por múltiples razones, conlleva la necesidad de abordar esa historia a partir de su contradictoria memoria y de su existencia póstuma a lo largo de las décadas posteriores: en efecto, el recuerdo de los trágicos acontecimientos —máxime la así llamada estrategia de la tensión y la lucha armada— que marcaron la sociedad italiana, sacudiendo sus frágiles costumbres democráticas, fue sometido a los abusos de un discurso público orientado a cancelar *toda* herencia de aquel pasado y, por ende, a congelar las heridas y las tensiones que lo habían provocado.

Si 1980 se abrió con más matanzas y asesinatos políticos, algunos años después pareció haber sido inaugurada una nueva etapa —la apodada “época del optimismo”¹—, marcada por el fin de la recesión, por la supuesta normalización del sistema político y por el apogeo del individualismo, de la ideología del bienestar económico y de la dimensión simbólica del consumo de masas. Los rasgos del periodo fueron, por un lado, la corrupción de la coalición de gobierno y la derrota del movimiento obrero y de los sindicatos, por otro, la difusión de modelos, culturas y estilos de vida fundados en los iconos del éxito y en la ostentación de la riqueza e impulsados por las imágenes publicitarias y los *status symbol* que se agolpaban en los mensajes de las recién nacidas cadenas televisivas privadas. La sociedad italiana pareció entonces anhelar el olvido y, de hecho, persiguió la represión casi sistemática no sólo de los traumas recientemente vividos, sino también de las idealidades, los logros y el potencial utópico del ciclo de protesta.

La memoria de los movimientos fue marginada y hasta sometida a juicio (así puede ser interpretado el proceso contra Sofri, Bompreseri y Pietrostefani por el homicidio, nunca del todo aclarado, del comisario Calabresi), mientras se imponía un relato colectivo según el cual los jóvenes estaban interesados tan sólo en los efímeros goces proporcionados por una especie de presente eternizado y se mostraban totalmente faltos de compromiso político y participación civil. La representación de la juventud de finales de los años '80 como presa de las imágenes y los ídolos de la sociedad del espectáculo y atrapada en la telaraña de una presunta *post-histoire* —y por lo tanto despreocupada de cualquier imaginación de futuro— fue desmentida de forma contundente por el movimiento estudiantil de la *Pantera* y por los consiguientes, multiformes derroteros políticos de una generación criada en los tópicos de la involución y en el derrumbe de las expectativas de un cambio radical.

¹ CRAINZ, Guido: *Il paese mancato. Dal miracolo economico agli anni ottanta*, Roma, Donzelli, 2003, pp. 589-604.

Entre 1989 y 1990 la casi totalidad de las universidades italianas y una parte consistente de las escuelas secundarias fueron ocupadas en oposición al proyecto de reforma universitaria planteado por el ministro Ruberti y basado en la autonomía y la intervención del capital privado. Una generación de “indiferentes” que según la prensa moderada tan sólo buscaba la integración laboral y el acceso al consumo se rebeló contra la tentativa de imponer a la universidad la ideología de la privatización y del mercado, inaugurando otro ciclo de apropiación de unos espacios liberados y empezando un proceso de reflexión sobre el presente y el pasado².

Tras años vividos bajo el imperio del individualismo y el hedonismo, volvió a ser descubierta la dimensión creativa de la socialidad comunitaria y de lo colectivo como lugar de elaboración y de encuentro, de expresión y de análisis. Surgió así una práctica política conflictiva que establecía una relación de continuidad y a la vez de ruptura con los movimientos anteriores, es decir, una red horizontal de intercomunicación inmediata y espontánea (facilitada por los fax de los departamentos ocupados) entre todas las realidades involucradas en una protesta que asumió también un fuerte rasgo antisistema. Mientras tanto, la represión policial seguía siendo la respuesta practicada por las instituciones ante cualquier manifestación de la crisis que iba sacudiéndolas desde hacía varios años. El perfil recurrente de cada momento de contestación en la historia italiana desde 1968 hasta 2001 —afirmación de las subjetividades antagonistas como nuevo actor político independiente, deslegitimación de las organizaciones tradicionales, represión por parte de los órganos de seguridad del Estado— requiere, pues, un planteamiento que trate de abarcar estos procesos de largo período de la historia republicana.

Ahora bien, los factores de empuje generados por la movilización de la sociedad civil a menudo han desempeñado un papel de tendencial “civilización” del conflicto político, esto es, han expresado la propensión, por parte de sujetos pertenecientes a la *sociedad civil*, a asumir una función de sujeto político general y de suplencia con respecto al sistema político. El desafío lanzado por los movimientos a través de la movilización colectiva —cuya radicalidad a menudo ha obstruido la petición social de una transformación percibida como urgente y necesaria— no ha sido integrado casi nunca en la *sociedad política*, que de hecho abdicó, en los años 1960, de su función mediadora.

Al contrario, las instituciones estatales han desarrollado la prolongada costumbre de leer los movimientos no como un recurso fundamental para una democracia competitiva sino como una amenaza exicial para un sistema de partidos estancado y autorreferencial, así convirtiendo la *voice*, la legítima protesta

² PORTELLI, Alessandro: *Storie orali. Racconto, immaginazione, dialogo*, Roma, Donzelli, 2007, pp. 397-419.

provocada por la afirmación de importantes identidades colectivas, en *exit*, en la salida traumática del sistema producida por el rechazo institucional de legitimarlas³.

La represión y la incompreensión han terminado siendo —desde luego, con niveles de premeditación y violencia diferentes según los distintos contextos temporales— la típica reacción del Estado frente al potencial crítico desplegado por los movimientos: los desalojos, las detenciones, las cargas y los fichajes policiales —y ante todo los muchos, trágicos asesinatos⁴ perpetrados por las fuerzas de seguridad entre el julio de 1960 y el julio de 2001— dibujan los contornos problemáticos y las líneas de fractura de una esfera de la política obligada a actuar entre los confines estrechos de una dimensión institucional depotenciada, reducida a única medida real, pero periférica, neutralizada en su capacidad de producir “sentido” y “proyecto”.

Frente a las taras históricas de un sistema político aparentemente irreformable y cerrado, en el que las únicas salidas coinciden con las derivas populistas y demagógicas de la antipolítica, o bien —lo que finalmente viene a ser lo mismo— con la exclusión de los estímulos reformadores procedentes de las solidaridades colectivas, sería preciso, en nuestra opinión, repensar el legado inmaterial y simbólico de la nueva izquierda y reexaminar los hilos de resistencia que recorren subterráneos la historia italiana, desde el fracaso de la tentativa “revolucionaria” del *Partito d’Azione* en 1945 hasta los movimientos de 1968 y 1977 y 1989-90.

Las representaciones habituales y corrientes del *largo 68* italiano remiten a una realidad sombría —los apodados “años de plomo”—, en donde la unívoca referencia a la violencia, a la lucha armada y al terrorismo de estado manifiesta la voluntad de encubrir el polifacético abanico de procesos y eventos que brotó del ciclo de protesta. Se trata, pues, de un calidoscopio de formas, estilos, lugares, textos y símbolos aflorados de la creación de nuevos lenguajes, temas, experiencias, culturas y sensibilidades, que abrieron una profunda brecha de sentido y pusieron en tela de juicio códigos, valores y mentalidades hasta entonces hegemónicos⁵. En efecto, la

³ REVELLI, Marco: “Movimenti sociali e spazio politico”, en *Storia dell’Italia repubblicana*, II, 2, *La trasformazione dell’Italia. Sviluppo e squilibri*, Turín, Einaudi, 1995, pp. 461-476.

⁴ Se pueden ver, en propósito: RAPINI, Andrea: “Antifascismo sociale, soggettività e «strategia della tensione», *Novecento*, 1, 1999, pp. 145-165; STAJANO, Corrado: *Il sovversivo*, Turín, Einaudi, 1975; VECCHIO, Concetto: *Ali di piombo*, Milán, Rizzoli, 2007; por las representaciones de la violencia del Estado dentro del movimiento: SOFRI, Adriano: *Memoria*, Palermo, Sellerio, 1990 y PASSERINI, Luisa: *Autoritratto di gruppo*, Florencia, Giunti, 2008; por las representaciones de la represión entre los militantes de la lucha armada: SEGIO, Sergio: *Miccia corta. Una storia di Prima Linea*, Roma, DeriveApprodi, 2005 y MORUCCI, Valerio: *La peggio gioventù. Una vita nella lotta armata*, Milán, Rizzoli, 2004; con respecto a los hechos del julio de 2001 en Génova, es ejemplar el documental de: CREMAGNANI, Beppe, DEAGLIO, Enrico: *G8/2001. Fare un golpe e farla franca*, Roma, Luben Production/L’Unità, 2008.

⁵ ORTOLEVA, Peppino: “Le culture del ’68”, en Aldo AGOSTI, Luisa PASSERINI y Nicola TRANFAGLIA (eds.): *La cultura e i luoghi del ’68*, Milán, Angeli, 1991, pp. 38-61.

duración y la especificidad de la contestación italiana derivan, en cierta medida, de los límites y las problemáticas de un cuadro político, social y económico cuya anomalía fue provocada por la naturaleza ambigua y por los resultados contradictorios de los potentes flujos de modernización que interesaron el país entre finales de los 1950 y principios de los 1960, acentuando los dramáticos desequilibrios territoriales y la consiguiente combinación de subdesarrollo y modernidad⁶.

1968. Evento y proceso

Entre noviembre de 1967 y los primeros meses de 1968 estalló la protesta, en la que se comprometió la gran mayoría de las universidades. Empezó así una movilización política protagonizada por miles de jóvenes que llegaría hasta finales de los '70, desembocando en la formación de una variada y al mismo tiempo amplia izquierda extra-parlamentaria. Un primer rasgo de peculiaridad del movimiento italiano, que por otra parte compartía de una manera solidaria y espontánea las sugerencias y expectativas de sus homólogos transnacionales, atañe justamente a su intensidad espacial y temporal, fomentada por el fuerte atraso cultural y normativo de las instituciones —es decir, por su ineptitud a la hora de encontrar instrumentos aptos para gobernar y guiar la “gran transformación” económica y sus recaídas sociales — y por las enormes carencias de un sistema formativo aún impregnado de mentalidad clasista e incapaz de encarar positivamente los problemas de la escolarización de masas⁷.

Una generación crecida entre la disolución de una Italia arcaica y la dudosa génesis de una Italia moderna descubrió —a partir de la crítica a la cultura y a la estructura autoritaria de las instituciones educativas— las razones y los fundamentos para una contestación del autoritarismo de las demás instituciones, *in primis* la familia, que regía el ordenamiento general de la sociedad⁸. Los largos meses de ocupación de las universidades (verdaderos lugares de una memoria generacional, desde Palazzo Campana, en Torino, hasta la Facultad de Sociología de Trento) y los eventos inaugurales como la célebre “batalla de Valle Giulia” ratificaron el nacimiento de una comunidad estudiantil cuya elaboración de formas de democracia directa sentó las bases de una redefinición de la política que no surgía de la ideología, sino de un malestar compartido y de la aptitud para reflexionar sobre el presente, plasmando, a través de la dimensión colectiva y de la

⁶ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 19-30.

⁷ LANARO, Silvio: *Storia dell'Italia repubblicana. L'economia, la politica, la cultura, la società dal dopoguerra agli anni '90*, Venecia, Marsilio, 1992, pp. 221-411.

⁸ PASQUINO, Gianfranco: “Il '68 e il sistema politico italiano”, en Aldo AGOSTI, Luisa PASSERINI y Nicola TRANFAGLIA (eds.): *La cultura ...*, pp. 344-359.

participación activa, nuevos horizontes culturales, modelos de conducta y principios éticos.

Además de la convicción de vivir en un mundo en el que la ciencia y la técnica servían menos para conocer que para dominar, la primera generación de la edad atómica poseía precisamente la conciencia de *ser* una generación, consagrada a elaborar un “idioma” —entendido *lato sensu* como lenguaje que incluye todas las variantes de expresión intelectual y corpórea— que aspiraba a construir un espacio político destinado no a la conquista del mando sobre la sociedad, sino al libre ejercicio de la comunicación intersubjetiva:

L’idea non è affatto quella di impadronirsi del potere, ma di costituire spazi di libera espressione e comunicazione, che consentano di diventare soggetti di decisione e azione. Spazi fisici: strade e piazze di Parigi e di Tokyo; la striscia del marciapiede di Berkeley; le università occupate di tutti i paesi; ma anche altri luoghi, in genere già pubblici, che vengono trasformati e adattati anche al privato; [...] ma contemporaneamente spazi espressivi, nei mezzi di comunicazione di massa, attraverso parole e immagini [...]; e naturalmente spazi politici all’interno dell’organizzazione del sapere e subito dopo in punti nevralgici del sociale, come i rapporti tra le classi lavoratrici e gli strati intellettualizzati della società.⁹

Estas palabras compendian casi todas las características más sobresalientes de la rebelión de 1968 en Italia: la compartimentación generacional, el rechazo de un saber separado de las necesidades de quien aprende sus contenidos, el recurso a la tácticas perturbadoras, la jocosidad —el *carnaval estudiantin* de Raymond Aron—, los fragmentos de catolicismo disidente, el antiautoritarismo que embistió a clero, autoridades escolares y académicas, clase política, burguesía y familias, el deseo de reapropiarse de la subjetividad y de un “yo” enajenado, el fuerte espíritu de amistad, la aspiración subrepticia a un estatus proletario, la denuncia total del sistema de producción, distribución y consumo¹⁰.

Aparte de las nevaduras antiimperialistas y contraculturales que fueron patrimonio de todos los distintos movimientos de 1968, las agitaciones italianas germinaron —como decíamos antes— de los estrangulamientos del desarrollo económico y del estatismo del cuadro político, y manifestaron también el anhelo a un sincronismo entre las exigencias de lo “civil” y las desmedidas potencialidades de lo “económico”¹¹. Por otro lado, la contestación completó el proceso de aglutinación desde el estado líquido hasta el estado sólido de una nueva constelación cultural, emanada de la irreversible ruptura de los vínculos con las

⁹ PASSERINI, Luisa: “Il ’68 nella storia dei processi di comunicazione intersoggettiva”, *Annali della Fondazione Luigi Micheletti*, 4 (1990), p. 8.

¹⁰ LANARO, Silvio: *Storia dell’Italia ...*, p. 345.

¹¹ LANARO, Silvio: *L’Italia nuova. Identità e sviluppo 1861-1988*, Turín, Einaudi, 1988, p. 241.

tradiciones político-culturales y con los patrones ideológicos de la cultura italiana del siglo XX. En la “biblioteca” cosmopolita y heterodoxa del movimiento de 1968 sobresalen no sólo las adquisiciones conformes a la nueva *Weltanschauung*, sino también las sintomáticas y cruciales ausencias¹²: de hecho emerge —tanto de las elaboraciones de los grupos dirigentes como de las interpretaciones de los militantes de las áreas periféricas del movimiento— la falta reveladora de una dimensión específicamente nacional. Desaparecía la línea fundacional de la cultura nacional-popular comunista (De Sanctis, Labriola, Croce, Gramsci), y junto con ella su máximo promotor, Palmiro Togliatti. El historicismo, en la vertiente idealista o materialista, había sido borrado del mapa en favor de la sociología crítica (Wright Mills, Loren Baritz, Alain Touraine) y sobre todo de los textos heréticos del marxismo occidental: a partir de la lectura del Marx menos “canonizado” (los *Grundrisse* y el *Capítulo VI*, inédito, del *Capital*), de Rosa Luxemburg, de Carl Korsch, de la Escuela de Frankfurt (Adorno y Horkheimer, pero ante todo Marcuse), de la antipsiquiatría (Laing y Cooper), de Frantz Fanon y de los escritos del movimiento internacional (Rudi Dutschke), el pensamiento marxista desempeñó —según Edgar Morin— la función de “pensée sauvage”, en el sentido de Lévi-Strauss, separando lo alto de lo bajo, lo crudo de lo cocido y de lo podrido, lo justo de lo injusto¹³.

Así Romano Luperini ha recordado, en una carta a otro ilustre crítico, Remo Ceserani, ese proceso de reconstrucción de una genealogía cultural alternativa:

A ripensarci oggi il neomarxismo [...], che pure voleva essere e fu una critica radicale delle ideologie dominanti e della letteratura stessa in quanto istituzione, fu tutt'altro che un fenomeno chiuso e dogmatico. Il confronto non avvenne solo con i filoni del marxismo tradizionalmente estranei allo storicismo di sinistra (come la Scuola di Francoforte da un lato e il marxismo strutturalista francese dall'altro, da Goldmann ad Althusser), ma anche con lo strutturalismo, la semiologia, la psicoanalisi e il pensiero di Freud. Esso portò talora a sintesi originali nuove [...], talora invece a contrapposizioni frontali [...]. In ogni caso non furono anni di facili eclettismi, ma di fortissima tensione teorica, di ideali contrapposti, di vivacissimi dibattiti, di accese passioni. Impianti concettuali nuovi —quali erano allora in Italia lo strutturalismo, il neomarxismo, la critica freudiana— nascevano e si sviluppavano incontrandosi e scontrandosi di continuo in un fervore culturale che nel clima stagnante di oggi è difficile ricostruire o anche solo immaginare.¹⁴

¹² REVELLI, Marco: *Movimenti sociali ...*, pp. 417-421.

¹³ MORIN, Edgar: “La Comune studentesca”, en Jean-Marc COUDRAY, Claude LEFORT y Edgar MORIN, *La Comune di Parigi del maggio*, Milán, 1968.

¹⁴ LUPERINI, Romano: *La fine del postmoderno*, Nápoles, Guida, 2005, p. 37.

Pero el libro tal vez más representativo fue *Lettere a una professoressa* (1967), fruto del “apostolado” militante de un cura proletario, Lorenzo Milani, quien desde el pequeñísimo pueblo de Barbiana consiguió sacudir el autoritarismo y el sistema clasista sobre los que se fundaban la escuela y la sociedad italiana, construyendo una revolucionaria experiencia de pedagogía alternativa, destinada a labrar los valores del movimiento y a orientar el itinerario de toda una generación de educadores. *Lettere a una professoressa* es —según escribió Alfonso Berardinelli— un ejemplo de escritura colectiva, anónima, fundada en el punto de vista de quien ha sido excluido y despojado de sus derechos (los hijos de los campesinos suspendidos en la escuela). El radicalismo evangélico de Milani se acogía, en manera rigurosa, a la palabra de la Constitución republicana y utilizaba la encuesta social y el análisis del lenguaje para enunciar verdades cristianas y democráticas no genéricas. Para él, la peor injusticia de una sociedad dividida en clases no es económica sino cultural. Y por lo tanto, en un país en donde por tradición la cultura siempre había sido un privilegio de casta y los intelectuales trabajaban para perpetuar ese privilegio, enseñar a los hijos de los pobres sobre todo el uso de la lengua llegaba a ser la misión principal del cristiano y del cura¹⁵.

El ansia de una metamorfosis cultural y política se insertó en un tejido de experiencias editoriales, revistas y grupos (*Quaderni piacentini*, *Quaderni rossi*, *Rendiconti*, *Ideologie*, *Nuovo Impegno*) que desde hacía unos años exploraban los recovecos de la modernidad italiana, descubriendo en la crítica de la cultura y de la ideología una nueva forma de compromiso militante y tematizando una conexión entre política y cultura apta para sustraer el trabajo intelectual a la homologación de la industria cultural y para fortalecer su potencialidad antagónica:

Imparino gli intellettuali [...] dagli operai. Le rivendicazioni, la lotta contro il potere, si devono condurre in modo che il potere, la produzione, vengano danneggiati [...]. Comunque questo non vuole essere un appello agli “intellettuali di sinistra”. Non abbiamo tempo da perdere. E’ un congedo.¹⁶

Se agotaba así una figura de intelectual (y de intervención política) tradicional, aún basada en una concepción elitista de la cultura, y comenzaba una época cuyas pautas de comportamiento público fundían y contaminaban el modelo del militante y el del artista, en pos de una nueva cultura política, más dúctil y libre de dogmatismos doctrinales o partidistas. En tal sentido, los *Quaderni piacentini* llegaron a ser la revista más original de la oposición, siendo considerados una

¹⁵ BERARDINELLI, Alfonso: *La forma del saggio. Definizione e attualità di un genere letterario*, Venecia, Marsilio, 2002, pp. 154-155.

¹⁶ “Quaderni Piacentini”, 7/8 (febrero-marzo 1963).

especie de portavoz informal de los intelectuales, jóvenes y menos jóvenes, de la nueva izquierda¹⁷.

Cuando, después de algunos meses, las agitaciones empezaron a decaer y terminó el “año de los estudiantes” —a saber, el *evento* 1968, que abrió el camino al desplegarse del sesenta y ocho en cuanto *proceso*—, las nuevas técnicas y herramientas de comunicación adoptadas en el meollo de los combates sobrevivieron, permaneciendo como patrimonio de los diferentes sujetos sociales que en los años siguientes ocuparían el centro de una recién nacida geografía mental: desde el *dazebao* y el *samizdat* hasta la vigilia nocturna —preferida por los católicos— y el *sit-in*. Muchos militantes anónimos en aquellos meses regresaron a una dimensión privada, volviendo a la normalidad y restableciendo algún lazo con la familia, el estudio o el trabajo. Pero *ya* no eran los de antes. Y, pese al sentimiento de vacío procurado por la conclusión de una experiencia irrepetible que algunos de ellos padecieron, la mayoría puso a fruto los recientes descubrimientos vertiendo el idiolecto igualitario del movimiento en el léxico de una concepción extensiva de los derechos y en un nuevo talante moral y cultural frente al ejercicio de su profesión¹⁸:

Tu eri partecipe di un movimento di democrazia, di antiautoritarismo. Questi erano i valori che affratellavano, vorrei usare questo termine un pochino ottocentesco, tutti gli studenti. Dentro la cappa dell'ideologia si è voluto definire spesso come rivoluzionario ciò che era una ventata di democratizzazione, un elemento di progresso, di battaglia culturale, contro una società ingessata dove la distanza tra le classi impediva di socializzare.¹⁹

Sin embargo, el viraje interpretativo de la universidad a la sociedad —que llevó consigo la revelación de la esencia irremediamente clasista de cada injusticia social— suscitó casi de inmediato aquella estrecha conexión entre los sectores estudiantiles más militantes y la “nueva” clase obrera que constituyó el cauce en que pudo asentarse la longevidad del ciclo italiano. Varias franjas del movimiento siguieron, en realidad, movilizándose sin interrupción y buscaron nuevos lugares desde donde desafiar a la lógica autoritaria del “neocapitalismo” italiano.

¹⁷ BERARDINELLI, Alfonso: *Casi critici. Dal postmoderno alla mutazione*, Macerata, Quodlibet, 2007, pp. 258-260.

¹⁸ LANARO, Silvio: *Storia dell'Italia ...*, p. 354.

¹⁹ Testimonio de Pedro Humbert, recogido por PASSERINI, Luisa: *Autoritratto di gruppo...*, p. 197.

“Vogliamo tutto”: el “otoño caliente”

Ahora bien, la posibilidad de prolongar el ciclo de protesta en Italia, fisiológicamente destinado a extinguirse después de haber llegado a su máxima extensión, fue aportada justamente por esta ósmosis entre movimiento obrero y estudiantil, la cual fue facilitada desde el principio por las reflexiones antisistema alrededor de las instituciones “totales” de la sociedad (cárceles, manicomios, fábricas) y por la revisión inconformista de los cimientos del pensamiento marxista llevada a cabo desde hacía unos años por la corriente intelectual del *operaismo*²⁰. La contestación estudiantil funcionó en este caso como estímulo y detonante de un caldo de cultivo preexistente, en el que se mezclaban varios aspectos de gran calado²¹.

Así pues, la insatisfacción y la enajenación de una masa de jóvenes obreros no cualificados, emigrados de las zonas más pobres del país, hicieron estallar la profunda contradicción entre el *shock* causado por las condiciones de trabajo inhumanas dentro de las “catedrales” fordistas del Norte y la relativa preparación cultural de la primera generación obrera hija de la escolarización de masas y de las expectativas generadas por el milagro económico²²:

quando sono entrato lì mi sembrava di essere finito all’inferno. Scintille, fumo, fiamma ossidrica [...] chi entrava alla Fiat poteva considerarsi un *uomo perduto*, perchè lavorare alla catena di montaggio toglie ogni possibilità di fare qualunque altra cosa [...]. Il 90 % di noi si addormentava sul tram, arrivava a casa e si preparava già per il lavoro del giorno dopo [...] c’era paura [...] *c’era il deserto alla Fiat per tutti gli anni sessanta e tu eri là, solo, abbandonato*. O te ne uscivi o eri un uomo perduto, avevi tutti contro, anche i tuoi compagni di lavoro di cui non ti potevi proprio fidare.²³

Por otro lado, la elaboración teórica y la práctica política de los grupos y revistas obreristas (*Quaderni Rossi*, *Classe Operaia*, *Potere Operaio pisano*, *Potere Operaio veneto-emiliano*)²⁴ habían acompañado a lo largo de toda la década el resurgir de las luchas tras los “años duros” de la derrota sindical²⁵, los cincuenta, llegando a ser un referente para la estructuración de las reivindicaciones y agitando cuestiones —la autonomía obrera, la naturaleza de poder de cada conflicto entre

²⁰ REVELLI, Marco: *Oltre il Novecento. La politica, le ideologie e le insidie de lavoro*, Turín, Einaudi, 2001, pp. 79-88.

²¹ LANARO, Silvio: *Storia dell’Italia ...*, pp. 279-293.

²² CRAINZ, Guido: *Il paese mancato ...*, pp. 321-362.

²³ Testimonio de Luciano Parlanti, recogido por POLO, Gabriele: *I tamburi di Mirafiori. Testimonianze operaie intorno all’autunno caldo alla Fiat*, Turín, 1989, p. 57.

²⁴ BALESTRINI, Nanni, MORONI, Primo: *L’orda d’oro. 1968-1977. La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale*, Milán, Feltrinelli, 1997, pp. 278-348.

²⁵ FOA, Vittorio: *Il Cavallo e la Torre. Riflessioni su una vita*, Turín, Einaudi, 1991, pp. 236-262.

capital y trabajo, el análisis de los puntos altos del neo-capitalismo italiano, la articulación de las peticiones según la materialidad de las necesidades de los trabajadores y el conocimiento del ciclo productivo en cuanto “arma” de control obrero²⁶— que penetrarían con fuerza en las temáticas de los movimientos.

Esta segunda oleada del movimiento trasladó a un terreno más permeable módulos de conducta antagónica y contenidos profundos de la experiencia estudiantil y siguió extendiéndose durante el sucesivo quinquenio: obreros y estudiantes compartían el rechazo de la representación delegada y la tentativa de construir formas de democracia directa, a partir de la asamblea y, en particular, de las asambleas conjuntas obreros-estudiantes, en donde se decidían métodos y estrategias comunes.

Los conflictos obreros reanudaron el protagonismo colectivo engendrado por las ocupaciones universitarias, volviendo a proponerlo bajo formas más difusas y vigorosas e invadiendo el escenario público italiano con una fuerza explosiva²⁷. El tamaño y el ímpetu de los combates parecieron concretar las esperanzas más radicales del movimiento estudiantil y dieron a luz a prácticas políticas novedosas que se afirmaron como el centro de una más general batalla por la justicia social²⁸. De hecho, la antigua primacía de las llamadas “aristocracias obreras” fue reemplazada por el vehemente arranque de una nueva composición de clase, generada por las características del “fordismo eversivo”²⁹ y formada por una generación “movimentista” de obreros comunes —“gli incazzati” (“los cabreados”)— que puso en tela de juicio la representatividad de los dirigentes sindicales, obligándoles a amoldarse a sus decisiones e inventando formas de lucha, huelga y sabotaje hasta entonces inéditas (huelga “a gatto selvaggio”, intermitente, escalonada, bloqueo de los almacenes, “corteo interno”, aumento no programado o reducción improvisa de la productividad).

La llamarada reivindicativa se encendió, como es sabido, también en otros países europeos; después del vuelco deflacionista de la mitad de los años 60, hubo una reactivación productiva rápida, pero no combinada con compensaciones salariales adecuadas, lo que representó la primera causa de las agitaciones³⁰. La anomalía italiana estribó —como decíamos— en la mayor duración, intensidad y extensión de los conflictos, y principalmente en las profundas modificaciones de los

²⁶ FOA, Vittorio: *Lotte operaie nello sviluppo capitalistico*, “Quaderni rossi”, 1 (1961); TRONTI, Mario: *Operai e capitale*, Turín, Einaudi, 1966; PANZIERI, Raniero: *Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo*, “Quaderni rossi”, 1 (1961).

²⁷ TARROW, Sidney: *Democrazia e disordine. Movimenti di protesta e politica in Italia. 1965-1975*, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 151-174.

²⁸ MANGHI, Bruno: “Il '68, gli studenti e il movimento operaio”, en Aldo AGOSTI, Luisa PASSERINI y Nicola TRANFAGLIA (eds.): *La cultura ...*, pp. 360-365.

²⁹ BOLOGNA, Sergio: “Il fordismo eversivo degli operai”, *Il Manifesto*, 25/1/1989.

³⁰ ARRIGHI, Giovanni, HOPKINS, Terence H., WALLERSTEIN, Immanuel: *Antisystemic movements*, Roma, Il Manifesto, 1992.

hábitos sindicales y en la función mucho más sólida y significativa de otros sujetos colectivos (grupos políticos y movimientos).

La tasa de conflicto creció de forma inusitada, justamente porque las luchas obreras —como las estudiantiles— reflejaron un proceso de producción inmediata de identidad colectiva, fundado en la autonomía y en el autogobierno de las unidades de trabajo, por parte de grupos cuyos vínculos sociales eran definidos no sólo por su función productiva, sino también por su subjetividad conflictiva. El conflicto adquirió una naturaleza no negociable, donde la participación expresiva se imponía sobre la participación instrumental, esto es, vinculada al cálculo económico de ventajas y pérdidas, privilegiando la producción de solidaridad e identidad colectiva sobre la negociación de beneficios inmediatos. Este carácter de conflictividad permanente, endémica y descentrada, resultó ser un fenómeno no integrable, ni institucional, el rasgo propio de los grupos sociales aún externos a un sistema de representación delegada³¹. Los logros obtenidos por las luchas fueron sin embargo muy relevantes: Estatuto de los trabajadores (1970); paridad normativa entre “tute blu” (los obreros) y “colletti bianchi” (los empleados administrativos); reducción de las “jaulas salariales” entre las diferentes zonas del país; aumentos iguales para todas las categorías; primeros pasos hacia el cese de la costumbre de monetizar la salud, canjeando nocividad e inseguridad con incentivos salariales; derecho de asamblea en horario de trabajo; elección directa del delegado de reparto y de los consejos de fábrica.

En el “mayo reptante” italiano los estudiantes convergieron delante de las puertas de las fábricas, mientras que los obreros condujeron la contienda de los talleres a las calles y plazas de las ciudades, que asistieron a las innumerables e incesantes manifestaciones de un movimiento de revuelta, perturbación y expresividad. A partir de estas experiencias se formaron las primeras agrupaciones formalizadas de la nueva izquierda extra-parlamentaria nacida de los movimientos —*Potere Operaio, Lotta Continua, Avanguardia Operaia*—, caracterizadas por un régimen de competencia feroz con los sindicatos y los partidos tradicionales y, al mismo tiempo, aún distantes de la obsesión leninista y jerárquica de los grupos marxista-leninistas y maoistas³².

La “épica antiheroica” de estos acontecimientos está reflejada en la novela de Nanni Balestrini *Vogliamo tutto* (1971), que cuenta las vicisitudes reales de un obrero de *Potere Operaio*, cuyo relato oral fue grabado, deconstruido y luego montado con espíritu vanguardista por el autor. Es el retrato de un típico obrero-masa, producto de una modernización “incipital” y de un modelo adquisitivo desigual, un meridional pobre, disponible para todos los oficios aun cuando posee

³¹ REVELLI, Marco: *Movimenti sociali ...*, pp. 444-454.

³² GRANDI, Aldo: *La generazione degli anni perduti. Storie di Potere Operaio*, Turín, Einaudi, 2003, pp. 58-104.

un título de estudio, candidato perenne a la emigración, falto de ocupación estable y sometido con frecuencia al paro o bien obligado a prestaciones variadas y ocasionales. Una figura que nace políticamente de manera espontánea, fuera de los canales de reclutamiento y militancia de las organizaciones oficiales, y que refunda en la materialidad de las “cosas” y de las luchas toda su práctica política. Inicialmente su comportamiento político no es determinado por el punto de vista de la conciencia de clase, sino por su inclusión dentro del proyecto del capital, doblegado a la explotación y a las insostenibles condiciones físicas del trabajo: el “dominio” del capital se rompió, según Balestrini, justo en 1969, cuando —a partir del choque cotidiano con un modo de producción alienante y disruptivo y de la irreductible materialidad de sus propias exigencias— esta nueva fuerza viva convirtió la ajenidad en oposición política patente y descubrió las oportunidades de la acción colectiva.

El autor describe así el giro hacia el alcance colectivo de las reivindicaciones y la socialización de la insubordinación, dibujando el momento del delicado paso desde una perspectiva individual hasta una perspectiva concreta de construcción de unidad e identidad. La narración recorre los meses de la protesta contra el símbolo del fordismo italiano, la Fiat, y las etapas decisivas de la generalización del conflicto: los métodos de lucha, el intercambio de contraseñas e informaciones entre los miembros de la izquierda extraparlamentaria, la asamblea obreros-estudiantes, hasta la batalla callejera de julio de 1969 en corso Traiano, a lado del establecimiento de Mirafiori, que inauguró oficialmente, con larga antelación, el “autunno caldo”³³.

Hacia la “estrategia de la tensión”

En esta situación iban creciendo la inquietud y la preocupación de los sectores moderados de la sociedad y la voluntad, por parte de las autoridades y del universo neo-fascista, de detener a toda costa el movimiento. La represión policial, a menudo injustificada, adquirió tonos aún más violentos, hasta llegar al primer punto de ruptura después del otoño de 1969, cuando, durante una carga salvaje e inmotivada, murió, en circunstancias nunca aclaradas, un agente de los antidisturbios, Antonio Annarumma. Unas semanas después, la explosión de una bomba en Piazza Fontana (Milán) causó 16 muertos y 88 heridos, sancionando el comienzo de la “estrategia de la tensión”, que afectaría de manera trágica al país hasta mediados de los años ’80³⁴.

³³ GINSBORG, Paul: *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Società e politica 1943-1988*, Turín, Einaudi, 1989, pp. 419-436.

³⁴ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 363-410.

Ambos actos fueron erróneamente atribuidos a la izquierda extrema, con el respaldo unánime de los medios de comunicación moderados, que dieron crédito a las primeras, falsas versiones oficiales. Comenzaba así una trama oculta alimentada por un circuito perverso que entrelazaba las tentaciones golpistas de unos sectores desviados de los servicios secretos con los planes subversivos de la derecha neo-fascista y tenía la finalidad de exacerbar la crispación social y de desplazar hacia la derecha la opinión pública y el eje del sistema político, fomentando —gracias al apoyo de los ámbitos políticos más reaccionarios y conservadores— la formación de “gobiernos de orden” y dañando la estructura constitucional del Estado³⁵.

La verdadera paranoia anticomunista que rodeaba la sistemática represión de las fuerzas públicas —detenciones, pesquisas continuas, encarcelación preventiva de los acusados de delitos de opinión—, la brutalidad neo-fascista —la nebulosa ultraderechista fue responsable del 95 % de los episodios de violencia entre 1969 y 1973— y las actitudes autoritarias de altos mandos del ejército y hombres de los servicios impulsó el viraje de la espontaneidad del movimiento a la organización de los grupos políticos, obligados en cierta manera a dotarse de una estructura y de un servicio de orden para defenderse de represalias y ataques siempre más cruentos³⁶.

El rumbo tomado por la nueva izquierda dificultó, pues, aquella fecunda articulación entre local y global que constituía el rasgo más significativo de 1968 y hallaba precisamente en el rechazo de la dimensión estatal la fuerza del movimiento, es decir, en una microfísica de poderes horizontales idealmente conectada con un movimiento mundial y activa en contextos concretos³⁷, en donde eran abiertos y “liberados” lugares hasta entonces cerrados, como la prisión, la escuela, el cuartel, el hospital psiquiátrico y la fábrica:

Vi dirò una cosa sul Sessantotto che nessuna denigrazione cancellerà. Prima del Sessantotto c'era scritto “Vietato l'ingresso” dappertutto. Le case chiuse, grazie a una brava signora erano state abolite: ma le caserme, i manicomi, gli ospedali, le fabbriche e gli altri luoghi di lavoro, gli uffici pubblici, le scuole, erano tutte case chiuse. Il Sessantotto le aprì. *I non addetti ai lavori* vi entrarono e guardarono. Quel po' di trasparenza che l'Italia si è guadagnata viene di lì.³⁸

El porvenir de aquellos fermentos políticos empezó a parecer más incierto y turbio justamente cuando las amenazas represivas y golpistas forzaron el movimiento estudiantil y obrero a medirse con el Estado, a enfrentarse a sus instituciones y, por lo tanto, a retornar al álveo más tradicional de una oposición defensiva que perdía en

³⁵ GINSBORG, Paul: *Storia d'Italia* ..., pp. 441-455.

³⁶ REVELLI, Marco: *Movimenti sociali* ..., pp. 454-476.

³⁷ ARRIGHI, Giovanni, HOPKINS, Terence H. y WALLERSTEIN, Immanuel: *Antisystemic* ..., pp. 85-100.

³⁸ SOFRI, Adriano: *Piccola posta*, Palermo, Sellerio, 1999, p. 185.

expectativas utópicas lo que ganaba en experiencias organizadoras. Lo ha recordado *ex post* Luisa Passerini, señalando el inicio de un proceso en el que “nos parecía evidente que fuera esencial transformar el movimiento en organización, también para contraponernos a las tramas del enemigo”³⁹:

Rammento una riunione, probabilmente nel '72, in cui si disse: “Andiamo sempre a prenderle, vediamo se non possiamo essere più difesi, portarci dietro non solo i limoni ma anche qualcosa di più come le molotov” e la risposta di alcuni compagni fu: “Per me va bene, tanto io non ho niente da perdere”, perché la disillusione, la stanchezza erano già grandi, ci si sentiva sempre più indifesi, disorganizzati, allo sbaraglio [...]. Nella nostra mente prevaleva la violenza diffusa, esercitata dallo stato, dalle istituzioni, dalla fabbrica, oltre a quella specialistica del neofascismo. La nostra ci pareva solo una risposta.⁴⁰

Estas palabras evocan un estado de sitio en el que se reavivaban el mito resistente del “antifascismo militante” y la necesidad de defender los nuevos derechos alcanzados a pesar de un sistema político, la democracia de los partidos, afectado por un síndrome degenerativo patente⁴¹. Pero la espiral de violencia, en la que resonaron antiguos miedos —la memoria de los asaltos de las brigadas fascistas en 1920-22— y la obsesiva monomanía anticomunista de la “maggioranza silenziosa”, originó a la vez un cortocircuito relacionado con las más amplias mutaciones en los cuadros mentales y en los imaginarios y con la discusión acerca de las hipótesis generales de transformación, si no de la misma posibilidad real de una transformación revolucionaria⁴².

No se trató de un retroceso de la radicalización, ni del inicio de una desmovilización, sino de algo menos identificable, quizás de una inquietud y de una sensación de incertidumbre, contaminadas con cierta sutil desilusión y ocasionadas por las condiciones en las que desembocaron la dramática crisis económica y la incapacidad gubernamental de amortiguarla. En efecto, la crisis de 1973 —con su impresionante estagflación— entrañó un pasaje traumático para la sociedad italiana, ratificando el crepúsculo de la que Hobsbawm ha llamado “edad de oro” y de la utopía del progreso ilimitado. Pues bien, la concepción de la historia como progreso y posibilidad de transformación, así como la confianza en el futuro —elementos fuertes del *milieu* cultural de la izquierda— empezaron a mostrar grietas y fisuras, entre las que afloraban los síntomas de una modificación en el paisaje mental de la generación de 1968 y los gérmenes de alguna añoranza de las oportunidades perdidas⁴³.

³⁹ PASSERINI, Luisa: *Autoritratto ...*, p. 152.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 156-157.

⁴¹ TARROW, Sidney: *Democrazia ...*, pp. 240-249.

⁴² CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 438-443.

⁴³ *Ibidem*.

El ciclo de protesta según el modelo de Sidney Tarrow

Un interesante aporte al estudio de los vectores dinámicos del “maggio strisciante”⁴⁴ es ofrecido por el modelo interpretativo dúctil y flexible que Sidney Tarrow ha aplicado a la realidad italiana de la década 1965-1975⁴⁵, adoptando como eje de su investigación el concepto de “ciclo de protesta”, es decir de una experiencia histórica que constituye la confluencia de factores y prácticas dentro de la cual “se altera el repertorio de la acción colectiva”⁴⁶, gracias a una repentina aceleración de los procesos innovadores y a la movilización de nuevos sujetos. Según Tarrow, el ciclo presenta una estructura relativamente constante, marcada por la sucesión de tres estadios: el primero madura aún dentro de las instituciones tradicionales por medio de formas organizadas de acción colectiva y está caracterizado por desplazamientos progresivos de las posturas ideológicas de los sujetos consolidados y por la dislocación de las antiguas élites en nuevas relaciones conflictivas; un segundo estadio está determinado por el “momento de locura” o de “ruptura”, donde se alcanza la cumbre de la movilización de masas y la política supera sus propios límites invadiendo “toda la vida”⁴⁷; finalmente arranca un tercer estadio, en el que la fisiológica tendencia hacia el declive de la movilización es contrastada por la acción de las nuevas élites organizadas a través del recurso a la ideología y a la violencia.

En la experiencia italiana el primer momento se sitúa en los discordes avatares del centro-izquierda y en su *deficit* reformador: se trata, entonces, de la dinámica institucional previa al estallido de la protesta, de las precondiciones políticas de unos actores que empezaron a poner en crisis desde dentro las organizaciones universitarias y los partidos del así llamado “arco costituzionale”.

La segunda etapa corresponde, en cambio, a la que Victor Turner llamó “fase liminal” de la historia (el *evento* ’68), donde el proceso pacífico de transmisión del saber y del poder dentro de las instituciones se quiebra y sufre la irrupción de la “anti-estructura”, esto es, de “la sociedad como *comitatus*, comunidad” de individuos iguales: ésta descompone la cultura afianzada en sus factores constitutivos y opera una recomposición libre y lúdica de los mismos según diferentes configuraciones semánticas, a menudo las más excéntricas⁴⁸. En este estadio destacan los que Tarrow define “coloro che osano”, a saber, los que se atreven a infringir el sentido común y a desvelar una potencialidad inédita de la

⁴⁴ REVELLI, Marco: *Movimenti sociali ...*, p. 454.

⁴⁵ TARROW, Sidney: *Democrazia...*

⁴⁶ *Ibidem*, p. 13.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 43.

⁴⁸ TURNER, Victor: *Dramas, Fields and Metaphors*, Ithaca (New York), Cornell University Press, 1974.

práctica social, desplegando una movilización detonante⁴⁹: son los desacralizadores protagonistas de las manifestaciones antiimperialistas y de la crítica al sistema universitario, los rebeldes que convirtieron en pocos días el “escándalo” en acción colectiva y cumplieron un salto de escala en la representación política de su generación, sustrayendo el monopolio simbólico de la política a los partidos y a los sujetos institucionales.

La última etapa fue singularmente larga en Italia (el *proceso* '68), y se arrastró varios años sin poder encontrar una recomposición institucional, ni unos equilibrios sociales satisfactorios: la compleja articulación conflictiva entre lo “antiguo” y lo “nuevo” se tradujo en una competencia feroz entre lógica de partido y lógica de movimiento, en una dialéctica negativa que embistió al sistema político activando el tejido tupido de las élites, los grupos de interés, los sujetos colectivos emergentes y las instituciones declinantes. Se trató, pues, de una fase en donde resaltó la especificidad italiana y se volvieron más acusadas las debilidades estructurales del sistema político y del “asset” económico-social, mientras que la fragilidad de los actores institucionales contribuyó potentemente a la profundidad de la crisis⁵⁰.

Virajes de media década: las ocasiones perdidas del Partido comunista

El hondo debilitamiento de los movimientos derivó, por un lado, de las dinámicas y las tensiones internas de los mismos, por otro, de la impermeabilidad del sistema político con respecto a los estímulos e impulsos procedentes de la sociedad civil. La nueva concepción de los derechos alcanzada fue de alguna manera *arrebata*da a una clase política estancada e incapaz de reincorporar positivamente los fermentos sociales y culturales, y por lo tanto nunca llegó a ser patrimonio compartido y renovado fundamento de una más avanzada identidad colectiva.

En tal sentido, la trayectoria del Partido comunista fue ejemplar: si la mayoría de la opinión pública parecía haber superado aquella herencia de la guerra fría representada por la *conventio ad excludendum*, una y otra vez el sistema de los partidos y el mismo *PCI* evidenciaron su propio atraso⁵¹. Aun cuando el *PCI*, entre 1975 y 1976, obtuvo sus mejores resultados electorales —frente a la crisis de la *Democrazia Cristiana* y a un escenario que hubiera permitido, por lo menos, idear una alternativa de gobierno no ficticia—, el único proyecto perseguido por el “Nuovo Principe” fue la estrategia del “compromesso storico” y la connivencia *de facto* con el poder de la *DC*, lo que le restó mucho consenso⁵².

⁴⁹ TARROW, Sidney: *Democrazia ...*, p. 44.

⁵⁰ REVELLI, Marco: *Movimenti sociali ...*, pp. 436-438.

⁵¹ LANARO, Silvio: *Storia dell'Italia ...*, pp. 405-411.

⁵² CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 444-452.

Por ejemplo, frente a la emersión del archipiélago feminista y a la problemática urgencia del tema del aborto, la posición del Partido comunista fue de casi total cerrazón, condicionada por el intento de complacer a los democristianos, a cuyo inane gobierno otorgaba un apoyo externo⁵³. El cuadro de múltiple crisis que atenazaba a Italia hacia la mitad de los años 1970 era en efecto exaltado por gobiernos inhábiles para proponer soluciones y reformas que intentaran salir de la lógica del pequeño y nefasto cabotaje corporativo y clientelar. El *PCI* desperdició así una parte importante de su capital político, dejando de representar para muchos de sus electores ese partido dotado de un código ético *diferente* y contribuyendo a agudizar los sentimientos de desengaño y desilusión generados por la parábola descendiente y el giro “tercerinternacionalista” de los grupos extraparlamentarios⁵⁴ (*Potere Operaio* se disolvió en 1973, *Lotta Continua* en 1976, después del choque, durante el congreso de Rimini, entre las mujeres de *LC* y su servicio de orden, mientras que el *Movimento Studentesco* de la *Università Statale* de Milán se convirtió en el filo-estalinista *Movimento dei lavoratori per il socialismo*).

El ofuscamiento de la diversidad antropológica del partido comunista ponía en evidencia el ocaso del paradigma alrededor del que se había articulado el movimiento obrero italiano a lo largo del siglo XX. La fuerte subcultura comunista y toda una modalidad de *ser* y *sentirse* militantes comunistas declinaban junto a otros dos “arquitrabes culturales” históricos, compartidos —con variantes y perspectivas distintas— también por la nueva izquierda: la referencia al comunismo internacional y a sus diferentes modelos y la centralidad de la clase obrera en cuanto protagonista de cada proyecto de transformación social y meollo de las luchas⁵⁵.

El proceso de reconversión industrial empezado después de la crisis petrolífera llevó consigo una potente descomposición de la clase obrera, cuya disgregación emergería con dramática claridad tras la derrota en el conflicto Fiat de 1980. La reestructuración industrial —con la crisis de las grandes instalaciones fordistas y la evolución hacia los patrones pos-fordistas y descentralizados de la Italia de la pequeña y mediana empresa y de los distritos productivos integrados— nos devuelve la imagen de unas vanguardias obreras atrasadas en una batalla de retaguardia y destinadas a sufrir el golpe definitivo justamente porque su reducido potencial conflictivo chocaba con la inmovilidad, el utilitarismo y la indiferencia de una “zona gris” mayoritaria y muy alejada de los ideales igualitarios y de la identidad solidaria del “autunno caldo”⁵⁶.

El retrato colectivo de la generación de 1968 —entonces ya treintañera— hacia la mitad de la década remite al claroscuro del apodado *reflujo*, palabra-clave que

⁵³ *Ibidem*, pp. 514-520.

⁵⁴ GRANDI, Aldo: *La generazione ...*, pp. 179-188.

⁵⁵ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 559-566.

⁵⁶ Véase en propósito FOA, Vittorio y MARCENARO, Pietro: *Riprendere tempo*, Turín, Einaudi, 1982.

simboliza el regreso a lo privado después de tantos años de política “omnívora” y el estancamiento de la contestación entre la parálisis del país, la ofensiva de las Brigadas rojas contra “el corazón del estado” y la radicalización extrema de algunos segmentos incontrolados de los servicios de orden de los grupos extraparlamentarios. El desgaste de la *koiné* política y cultural sobre la cual se habían asentado humores, fluidos vitales, constelaciones de significado y proyecciones identitarias pareció sellar entonces el lento pero irreversible apagarse de los movimientos⁵⁷.

“Uno strano movimento di strani studenti”: 1977

En esta situación tan sólo los observadores más advertidos percibieron el próximo estallido del movimiento de 1977, cuya improvisa aparición desconcertó a la clase política, máxime al grupo dirigente comunista, que invocó el orden y trajo a colación categorías interpretativas un poco triviales, como “squadristo rosso”, “diciannovismo” y “fascistas rojos”.

Fue, en cambio, un crítico agudo como Alberto Asor Rosa quien supo rastrear, de entre las filas comunistas, las causas de esta explosión de masas en el perfilarse de una traumática división entre *dos sociedades*, es decir, entre los dos diferentes sujetos sociales que iban delineándose en Italia⁵⁸: por un lado los “garantiti”, la sociedad estructurada, en cuyo centro estaba la clase obrera con sus organizaciones, por el otro el mundo de la marginación, del desempleo juvenil, de la disgregación, del proletariado intelectual. La asimilación del *PCI* y su llamamiento a la austeridad habían adquirido —según Asor Rosa— un significado negativo y desgarrador para estratos sociales que vivían en una realidad caracterizada por la pobreza, la incertidumbre y la precariedad, siendo excluidos de las múltiples áreas sociales y profesionales protegidas por la gestión corporativa y el despilfarro asistencialista.

La segunda cesura periodizante del *work in progress* antagonista fue protagonizada por *otra* generación, apartada del imaginario de 1968 en un aspecto fundamental porque le faltaba el profundo optimismo, la carga psicológica de “omnipotencia” de la generación anterior: una generación que formaba parte de una sociedad del bienestar, aunque marcada por injusticias y distorsiones. Aquella sociedad proyectada hacia el futuro había parecido imperecedera, y los jóvenes rebeldes de 1968 habían por lo tanto creído posible utilizar de manera ética su infinito potencial de progreso, con la finalidad de transformarla radicalmente⁵⁹.

⁵⁷ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 555-559.

⁵⁸ ASOR ROSA, Alberto: *Le due società. Ipotesi sulla crisi italiana*, Turin, Einaudi, 1977.

⁵⁹ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 566-577.

La multicolor agregación de “extraños estudiantes” de 1977 —“un grupo de personas que dividían su vida entre una relación precaria con el estudio y una aún más precaria con el trabajo”⁶⁰— manaba en cambio de un poso mucho más oscuro, donde se mezclaban motivaciones, perspectivas, inquietudes y desazones heterogéneas. Fue, en efecto, la última, extraordinaria oportunidad colectiva antes de la decisiva dispersión por los caminos individuales de la marginalidad o del acomodamiento: la experimentaron con una fuerza entre desesperada e irreverente, entre violenta y desacralizadora.

Esa generación fue muy crítica e iconoclasta con respecto a los estereotipos ideológicos, los modelos, los rituales y los mitos de la tradición marxista-leninista de los que se habían apropiado las organizaciones de la nueva izquierda⁶¹. El rechazo global de los grupos extraparlamentarios dependía del abanico de temáticas que habían entrado en escena principalmente a través de las polémicas feministas: “lo personal es político”, las relaciones (de poder) entre los sexos, las formalizaciones jerárquicas, la enajenación de la “militancia total”, la puesta en tela de juicio de la separación entre esfera pública y esfera privada y la reflexión sobre las dos, el redescubrimiento de la diferencia y la subjetividad, la relectura crítica de la cultura, los esquemas mentales y los comportamientos, la deconstrucción de la lógica de dominio a partir de las necesidades y los deseos⁶².

Todas estas cuestiones tuvieron una inusitada circulación, asentándose en el cauce de la experiencia de la componente “creativa” del movimiento⁶³, una “minoranza desiderante” proclive a la violación inconformista de los códigos de la tradición y a la elaboración de un nuevo lenguaje, presente sobre todo en Bolonia, alrededor del recién nacido DAMS (Discipline Arte, Musica, Spettacolo), caracterizado por el magisterio de conocidos e importantes miembros de la “neoavanguardia” como Gianni Celati, Giuliano Scabia, Renato Barilli y Alfredo Giuliani⁶⁴.

La ambición de renovar el lenguaje de la política a través de la contestación de la cultura política de las instituciones y de la tradición del movimiento obrero, ya localizable en la experiencia de 1968, fue acentuada en 1977 por la frecuencia y la intensidad del recurso a la ironía, al *happening* y al *non-sense*⁶⁵. El regreso a estos instrumentos críticos simbolizó una vez más la liberación de la palabra de las

⁶⁰ MANCONI, Luigi y SINIBALDI, Marino: “Uno strano movimento di strani studenti”, *Ombre rosse*, 20 (marzo 1977).

⁶¹ Véase MELUCCI, Alberto: *L'invenzione del presente. Movimenti, identità, bisogni individuali*, Bolonia, Il Mulino, 1982.

⁶² BALESTRINI, Nanni, MORONI, Primo, *L'orda ...*, pp. 473-503.

⁶³ Ahora se puede leer la traducción al castellano de algunos textos sobre el movimiento de 1977 en VV. AA.: *El movimiento del '77*, Madrid, Traficantes de sueños, 2007.

⁶⁴ PALANDRI, Enrico: *Pier. Tondelli e la generazione*, Roma-Bari, Laterza, 2005.

⁶⁵ CASILIO, Silvia: “Spazi occupati, spazi liberati. '77 il futuro alle spalle”, *Novecento*, 14-15 (2006), pp. 227-240.

ataduras y de la anquilosis de la constelación semiótica marxista-leninista y el descubrimiento de originales, provocadores universos de signos. La vertiente espectacular, las plazas convertidas en escenarios improvisados, la *performance* que se asomaba en cada manifestación, los *slogans* surreales, la pasión por lo absurdo y la herejía verbal fueron otros tantos rasgos de la protesta, que halló en las radios libres (la mítica *Radio Alice* de Bolonia, un espacio abierto a quienquiera que deseara lanzar su mensaje) y en las numerosas revistas y *fanzines* con títulos extravagantes y herméticos (*Zut!*, *Wow*, *A/traverso*, *Bilot*, *Il Male*, *Oask!*) los medios aptos para mostrar una irrefrenable ansia de liberación existencial⁶⁶. La ola de creatividad fue la herramienta utilizada para desquiciar la atmósfera claustrofóbica y plomiza de la época, quitando a la prosa férrea y grave de la militancia leninista y de la represión algún retazo de poesía risueña y satírica.

Una de las imágenes fundacionales de esta sensibilidad fotografía, por ejemplo, un momento de la rabiosa manifestación por la muerte del estudiante de *Lotta continua* Francesco Lorusso —matado por un “carabiniere” que le disparó por la espalda—, cuando en plena calle, entre el humo de los lacrimógenos y el ruido de las cargas y de los disparos, alguien empezó a tocar un piano, sobre el cual destacaba una pintada: “Se non puoi suonarlo dipingilo”. La “insurrección” de signos y símbolos desencadenada por el movimiento creativo acometió la búsqueda de una forma autónoma de comunicación alternativa y de una socialización del estilo, enfrentándose a un intento vanguardista de redefinición radical de las relaciones entre cultura, producción, identidad social, poder y masificación de las tecnologías comunicativas⁶⁷.

Los multiformes sentidos que animaron una rebelión intencionada a fusionar con ánimo vanguardista arte, vida y política —Maurizio Calvesi ha acuñado en propósito el concepto de “vanguardia de masas”— traslucen con rara luminosidad en la novela-símbolo de aquellos años, *Boccalone* (1979) de Enrico Palandri. Aflora aquí otro semblante de 1977, en donde estilos de vida, viajes, amores, encuentros y lecturas (además del “canon” de 1968, Deleuze, Guattari, Foucault, Barthes, Bataille, Majakovskij, dadaísmo y situacionismo) subrayan los límites originarios de una izquierda (tanto la antigua como la nueva) insensible a las temáticas existenciales y manifiestan un deseo de liberación colectiva posible tan sólo en la perspectiva comunitaria del derrocamiento de la lógica autoritaria que rige cada tipo de relación (sexual, familiar, económica):

Penso a marzo, al movimento, che non sapevo più cosa fosse, adesso so che appartengo a un popolo di incontentabili, rissosi, sfrenati esseri desideranti; delicati come la sera, dolci come la campagna in provenza, malinconici e tristi a

⁶⁶ BIANCHI, Sergio y CAMINITI, Lanfranco (eds.): *Gli autonomi. Le storie, le lotte, le teorie*, III, Roma, DeriveApprodi, 2008.

⁶⁷ BALESTRINI, Nanni y MORONI, Primo: *L'orda ...*, pp. 582-638.

volte, come il tramonto; voglio che il mio popolo cresca forte, che passi le montagne con le sue urla; il popolo degli uomini, dicono i sioux.⁶⁸

Estas páginas están impregnadas de una mezcla de sensaciones contradictorias y resumen de forma muy acertada el espíritu del movimiento: por un lado la exaltación del reconocimiento y de la autorrepresentación generacional, el código simbólico de una extraordinaria y reveladora experiencia de rebelión, por otro el desasosiego originado por la conciencia de la proximidad de su epílogo. El malestar del narrador deriva menos de la dureza de la represión —siempre presente en el clima opresivo de las detenciones, de los secuestros de material, de las interceptaciones y de la militarización de Bolonia— que de su inadaptación a un mundo que llegaría a ser, tras la desaparición de los movimientos, el único, mediocre principio de realidad.

El libro nos restituye la textura vivida y la quiebra de los ideales de una generación destinada a desaparecer ella misma en la sombra de una década que la expulsó de la memoria, precisamente porque su *élan* revolucionario resultó ser incompatible con la “plácida” convivencia entre criminalidad y cotidianidad, ilegalidad y acción política, decadencia cultural y deterioro civil que cristalizó las verdaderas señas de identidad de los años '80. Si ya en 1974 Elsa Morante había encomendado al pesimismo desesperanzador de *La storia* su anamnesis de la geografía de ruinas en la que habían caído los proyectos utópicos de la modernidad, dos años después Carlo Ginzburg, entonces profesor en Bolonia, estableció —por supuesto en *Il formaggio e i vermi*— unos lazos muy fecundos entre los avatares de Menocchio y la condición presente: es difícil resistirse a la tentación de entrecruzar aquel juicio inquisitorial con las vicisitudes de la represión contra la herética y blasfema creatividad del movimiento, y de leer la refinadísima trama tejida alrededor de la subjetividad y la cosmogonía de Menocchio como el meta-relato de la reflexión sobre las subjetividades, los deseos y los imaginarios emprendida por muchos de sus estudiantes.

El mismo 1976 asistió también a la publicación de *Porci con le ali* de Marco Lombardo Radice y Lidia Ravera, diario “íntimo” de dos adolescentes de izquierdas: la “revuelta existencial” (Agnes Heller) de los protagonistas arremete contra el calvinismo político de las generaciones anteriores —la militancia comunista de los padres y extraparlamentaria de los hermanos mayores—, el moralismo de los cuadros del movimiento y los “buenos sentimientos” de la familia. En una Italia en vilo entre un pasado arcaico y una modernización que ha destruido los vínculos primarios sin enlazar otros⁶⁹, el “antagonismo subalterno” de Rocco y Antonia exhibe una descarada liberación sexual, creando una dimensión de

⁶⁸ PALANDRI, Enrico: *Boccalone. Storia vera piena di bugie*, Milán, Bompiani 1997, p. 57.

⁶⁹ LANARO, Silvio: *L'Italia ...*, pp. 237-243.

ajenidad radical a los valores negativos de la sociedad y aspirando a exaltar las energías deseantes que brotan de la vida cotidiana, de la reapropiación del cuerpo y de la transformación de las relaciones interpersonales.

Hacia la catástrofe

La parte del movimiento que expresó la mayor tasa de conflictividad fue, en cambio, el área de la *Autonomia Operaia*, formada por los colectivos —independientes— de las distintas ciudades (*Collettivi politici veneti per il potere operaio* en Padua, *Collettivo di via dei Volsci* en Roma, *Rosso* en Milán) y volcada en una elevación del nivel del enfrentamiento que provocó un ulterior tributo de sangre y la violenta y a veces criminal respuesta policial. La nueva táctica antidisturbios de la fuerza pública contemplaba, por ejemplo, la infiltración de agentes de paisano entre los manifestantes: a menudo estos policías disparaban escondidos en el “corteo”, como en el homicidio de Giorgiana Masi, una estudiante de 19 años que murió en Roma por un tiro a la espalda mientras huía de una carga policial⁷⁰.

Dentro de este abigarrado y multiforme universo en movimiento aparecieron también los *Circoli del proletariato giovanile*, cuyo trayecto fue marcado —como el de las demás alas— por la búsqueda de una socialización que pasaba a través de la liberación de los espacios (los centros sociales ocupados): esos jóvenes de las periferias pobres de las ciudades construyeron formas originales de agregación a partir de la crítica a la miseria de su presente. Sus condiciones materiales de vida (estudiantes sin expectativas de futuro, trabajadores precarios y mal pagados o bien parados) les empujaban a reflexionar sobre el papel marginado que la sociedad les había asignado. Frente a la masa de excluidos creada por la “tercera revolución industrial”, su rechazo de todo valor conferido al trabajo⁷¹ comportaba un paso adelante respecto de las reivindicaciones del “autunno caldo” y contenía nuevas instancias de emancipación, que arrancaban de la batalla para recobrar unos derechos sociales considerados básicos: ocupación de viviendas, auto-reducción del billete del transporte público o del cine, auto-reducción de las facturas, “expropiaciones proletarias” de los objetos de consumo, esto es, según el léxico de la época, la reapropiación de los productos de la explotación capitalista⁷².

El evento más simbólico de 1977 fue la expulsión de Luciano Lama —secretario confederal de la *CGIL*— de la Universidad de Roma, donde iba a tener un mitin que representaba un palpable desafío de la izquierda institucional al movimiento estudiantil. Acogido por *slogans* irónicos e insolentes —“I Lama stanno nel Tibet”,

⁷⁰ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 566-581.

⁷¹ NEGRI, Antonio: *I libri del rogo*, Roma, DeriveApprodi, 1997, pp. 293-298.

⁷² BALESTRINI, Nanni y MORONI, Primo: *L'orda ...*, pp. 504-581.

“Ti prego Lama, non andare via, vogliamo ancora tanta polizia”, “Più lavoro meno salario”— Lama fue duramente contestado y tuvo que abandonar la “Sapienza” escoltado por el servicio de orden del *PCI*. El error más grande estribó en el rechazo comunista de cualquier forma de diálogo y en la contundente obcecación de las instituciones frente al movimiento, lo que favoreció y fortaleció las transgresiones y las iniciativas del ala más radical y contribuyó a marginar al ala creativa imponiendo una lógica del choque frontal.

De tal manera se consumó la ruptura definitiva de cualquier enlace, incluso tenue, entre movimiento obrero oficial y movimiento estudiantil. La tensión entre las diferentes almas de la contestación llegó, en cambio, a su apogeo durante el congreso de los estudiantes contra la represión, que tuvo lugar en Bolonia entre el 23 y el 25 de septiembre. Los colectivos de *Autonomia Operaia* rechazaron la propuesta unitaria de los demás grupos y hasta hubo peleas y enfrentamientos físicos. Así pues, el congreso representó el principio del final del movimiento, y la fractura entre creativos y autónomos se hizo insanable. El clima de fiesta, hermandad y creatividad que recorrió las calles y las plazas de Bolonia fue en cierto modo el epílogo de aquel espacio simbólico, imaginativo y fantasioso en el cual se había desarrollado un proyecto —político, cultural y existencial— *in nuce* que a menudo había sido ahogado por la represión y la violencia, y que tal vez se configure como la herencia más fértil de las experiencias de la década.

Entre las salidas más trágicas de una generación que parecía haberse hundido en la incertidumbre y la desesperación se afirmaron la clandestinidad de la lucha armada y la huida en la heroína, recién aparecida en Italia gracias a una peculiar *joint venture* entre la mafia y ciertos sectores golpistas del ejército, que acabó matando a toda conflictividad juvenil —y en tal sentido bastaría con leer las cartas enviadas al periódico *Lotta continua* para atisbar las huellas de la amargura que atormentaba a esos jóvenes:

Scrivo queste righe perchè un nostro compagno si è suicidato. Purtroppo fatti come questi sono sempre più frequenti: non fanno neanche più notizia [...] è morto anche perchè siamo stati tutti “disumani”, tutti noi, Roberto incluso, vittime di un certo modo di fare politica.

Un compagno di Roberto

Finito il tempo “politico” ognuno rientra alla sua casa, ai suoi problemi, alla sua solitudine [...] esiste anche una mancanza di coraggio ad affrontare il problema, il timore di sembrare “cattolici”: non voglio ascoltare i tuoi problemi, mi vergogno a parlare dei miei. I sentimenti li accettiamo solo se sono “comunisti”: non abbiamo amici ma compagni [...]. La solitudine è un male senza rispetto. Colpisce duramente chiunque, imprigiona. Essere diversi non è faticoso. Essere soli sì, soprattutto nel movimento.

Maria

Il giorno dopo la morte di Walter Rossi “Lotta continua” in prima pagina: “Dura risposta antifascista attraversa l’Italia”. In seconda pagina, oh dio non l’avevo quasi visto, un “articoletto” su Roberto Crescenzo che muore ustionato, non in piazza-luogo-eroico-di-morte, ma è stato ucciso in un’azione di piazza[...]. Rimozione assoluta dei problemi “personali” propri e degli altri, assunzione di una logica eroica e quindi individualistica, votata alla morte, omicidio suicidio. Non mi va bene per niente.

Manuela⁷³

Eran dos posibles, desastrosas elecciones de una generación sin futuro, afligida por la sensación de no tener *ya* nada que perder. Esta ausencia de esperanzas —una categoría de lo trágico, expresión de un sufrimiento real— halló su siniestro apogeo en el embrutecimiento que aquejó a los últimos “años de plomo”: de hecho, las Brigadas rojas perdieron hasta el aura de potencia demoníaca que habían conseguido con sus atrevidas acciones (*in primis* el secuestro Moro) y se precipitaron en actos de criminalidad común —la alianza con la “camorra”—, en las escisiones y en las venganzas típicas de las etapas de agonía —el homicidio del sindicalista comunista del Italsider de Génova Guido Rossa y del hermano de Patrizio Peci, antiguo jefe de la “colonna” de Torino y primer “pentito” (“arrepentido”)—.

Por otra parte, la misma historia de *Prima linea* —que mantuvo, en sus primeras acciones, una relación fluida con el movimiento, renegando del obsesivo leninismo de las *BR*— se resolvió en una dramática estela de asesinatos y en la posterior encarcelación de la casi totalidad (923 personas sometidas a juicio) de sus militantes⁷⁴. Pues bien, en el rechazo de abandonar las armas que se desprende de estos crepusculares derroteros de los militantes tardíos de la lucha armada se pueden entrever menos el agotamiento del empuje propulsor de los movimientos que la absorción especular de las tendencias degenerativas de la sociedad italiana y la introyección “desviadora” de sus figuras de crisis⁷⁵:

Come non pensare, a proposito di irresponsabilità, alla ritirata storica della borghesia, al suo ripiegamento sul “privato”, alla sua indifferenza per la *res publica* e alla sua visione del potere in termini esclusivi di immunità? Come non cogliere, a proposito di stereotipi militari, i nessi che esistono fra il bisogno di una vita elementare, ordinata, eterodiretta e gli espedienti posti in atto per “ridurre” la complessità sociale con tecniche di controllo sempre più autoritarie? Come non chiamare in causa, a proposito di violenza endemica e di “altezza del

⁷³ *Care compagne, cari compagni. Lettere a Lotta continua*, Roma, Edizioni Lotta continua, 1978; resulta muy interesante también el ensayo de GRISPIGNI, Marco: *1977*, Roma, Manifestolibri, 2006.

⁷⁴ LANARO, Silvio: *Storia dell’Italia ...*, pp. 419-434.

⁷⁵ LANARO, Silvio: *Storia dell’Italia ...*, p. 423.

livello dello scontro”, il modello liberistico-mandevilliano di società teorizzato da Milton Friedman e dalla scuola di Chicago?⁷⁶

La longevidad de los grupos armados representa entonces el nefasto *transfert* de la pertinaz fuerza de interdicción desplegada —de manera a menudo ilegal— por el estado contra cada *periglio* de cambio, y el revés sintomático de los fenómenos patológicos padecidos por un sistema político que trataría de ocultar los escombros morales y materiales de esta catástrofe tras los bastidores de cartón piedra de la “gran ilusión” de los años 1980⁷⁷. En tal sentido, la solución judicial fue la única lectura del movimiento de 1977 admitida por las instituciones. Por ejemplo, el día 7 de abril de 1979 casi todos los dirigentes y muchos de los militantes de *Autonomia Operaia* fueron encarcelados bajo la paradójica acusación, que en la mayoría de los casos se reveló totalmente infundada, de “pertenencia a la banda armada *Brigate rosse*”. Entre los acusados —además de Toni Negri, que el fiscal de Padua Pietro Calogero acusó, de forma bastante descabellada, de ser el verdadero jefe de las BR— había personas que permanecieron hasta cinco años en prisión preventiva sobre la única base de los artículos que habían escrito en la prensa del área de la *Autonomia*.

Esta actitud del Estado puso en evidencia la tentativa de “enterrar” cuanto antes a los irreductibles protagonistas de aquellos años, y la investigación judicial⁷⁸ —el tristemente conocido “teorema Calogero”⁷⁹— se presentó como escritura tendenciosa de la historia de la contestación, siendo luego desmontada por completo por el juez instructor Giovanni Palombarini⁸⁰. Este tesón inquisitorio reveló la imposibilidad de encontrar un recorrido de integración en el sistema político para el movimiento de 1977, que no fuera el de la cárcel, también sin pruebas o por delitos de opinión. La saña, más que averiguar las tramas subversivas de la izquierda extrema, mostraba la irresistible decadencia de la “democracia de los partidos”, cuyo “triunfo” sobre los movimientos abría el paso a su ulterior degeneración, favorecida por la desaparición de cualquier actor conflictivo.⁸¹

⁷⁶ LANARO, Silvio: *Storia dell'Italia ...*

⁷⁷ CRAINZ, Guido: *Il paese ...*, pp. 589-604.

⁷⁸ PORTELLI, Alessandro: *Storie orali...*, pp. 373-395.

⁷⁹ Apoyado en sede historiográfica por VENTURA, Angelo: “Il problema delle origini del terrorismo di sinistra”, en Donatella DELLA PORTA (ed.): *Terrorismi in Italia*, Bologna, Il Mulino, 1984.

⁸⁰ PALOMBARINI, Giovanni: *7 aprile: il processo e la storia*, Venezia, Arsenale, 1982.

⁸¹ GINSBORG, Paul: *Storia d'Italia ...*, pp. 566-576.